

RAFAEL LÓPEZ BARALT

Tema: "Maracaibo en la Historia Nacional"

27 de septiembre de 1914

Honorables Académicos:

Mi profundo respeto hacia esta ilustre Academia, emana de la elevada virtud didascálica que desde mis mocedades me acostumbré a reverenciar en la Historia, "esa deidad sublime de aire majestuoso que la iconografía griega, para dar idea de su trascendental y noble empresa, pintó con grandes alas, emblema de su rapidez en referir los sucesos, y ropaje blanco, símbolo de su veracidad; teniendo en una mano un libro, en la otra una pluma o un estilo, y mirando hacia atrás como si quisiera indicar que escribe para las generaciones futuras"; que por variados distintos modos, dice: ora en la hoja del pergamino, ya en el signo del jeroglífico, bien en la piedra de monumentos que hicieron de libros cuando la imprenta no existía, lo que acerca de los hombres, de los acontecimientos y hasta de las cosas de antaño conviene saber a las generaciones del día, para la más sana y cabal orientación de sus ideas y el mejor y más completo ejercicio de sus sentimientos. Ello, Honorables Académicos, si la crítica ha de venir en apoyo del conocimiento o de la emoción que se le deba, y se esté a razones con ella sobre la falsedad o verosimilitud de sus asertos. Admitirla de otra suerte, sería prescindir del carácter docente que tiene para atenerse únicamente al esparcimiento del ánimo, que sólo produce su lectura cuando sin atención se la lee; máxime si de virtudes premiadas, de héroes deificados y de amores célebres se trata, o lo que es lo mismo: de todo aquello que Goethe desea que figure preferentemente en la Historia. No habría mérito en escribirla, según el insigne autor de *El Conde D'Egmont*, si en ella no se pusiera todo lo que es amable. En cambio Solís piensa que, de la confusión y mezcla de las noticias que nos da, ha de salir pura y sencilla la verdad, que es su alma. De lo contrario la Historia no sería sino el espectáculo de las vicisitudes de la humanidad, debido a los caprichos y a las pasiones de los hombres, cual lo pretende Lignard; estaría hecha y no se escribiría todos los días con las rectificaciones que el criterio filosófico introduce sin cesar en los textos que se dice contienen la exacta expresión de lo fenecido, en el sentir de Taine. Resulta de aquí la importancia de los Institutos del género de éste, encargado de velar por la corrección de los datos que atañen a la Historia Patria; y, también, la satisfacción con que yo, amante como soy de los estudios historiográficos, venga a sentarme por obra de vuestra bondad, donde tan respetuoso culto se les rinde, en el propio sillón que dejó vacante hará pronto catorce años la sensible muerte del Doctor Julián Viso, y que nunca ocupó su reemplazante entonces, el Doctor José Manuel de los Ríos, grandes adeptos entrambos de tales estudios. Cúmpleme, a fuer de justiciero y admirador suyo, hacer de ellos, como voy a hacerlo, el elogio a que sus respectivos méritos les hicieron acreedores.

Fue el Doctor Viso jurisconsulto de primer orden, tan preparado por la índole de sus primeros estudios y su carácter personal para llegar a ser lo que fue en la Jurisprudencia y en otros ramos del saber humano, que apenas contaba veinticinco años de edad cuando ya los comentarios que escribió con don Juan Pablo del Castillo al Código de Procedimiento de Aranda le dieron puesto de honor entre los mejores abogados de su época, llevándole a figurar sucesivamente en el Ministerio del Interior, en el del Exterior, y en la representación de Venezuela, en el negociado aún no concluido de sus límites con Colombia. Cónstame, por haber yo terciado también últimamente en el arreglo de este delicadísimo asunto, cuánto fue el interés y cuánta la pericia diplomática que desplegó el Doctor Viso en el desempeño de su cometido. Dejó el Doctor Viso publicadas unas, inéditas otras, varias obras que ponen muy en alto su clara, ilustrada y discreta mentalidad.

Fue a su vez el Doctor Ríos médico de nota, y si no fuera que un paralelo entre las excelencias respectivas de la profesión de médico y la de abogado, estudiadas en ambos, me arrastraría fuera de

los límites de esta disertación, yo lo presentaría en la dualidad de este elogio como la mejor prueba de que fueron uno y otro dos grandes factores del progreso patrio, dignos por consiguiente de encomio merecido y sincero.

Poco o nada puedo presentar en mi abono de Académico, a no ser el celo de las cosas grandes que siempre fue el mejor estímulo de mis actos públicos y privados, y sirve a la eficacia de llegar a ser lo que no se es, como de fuerte y útil aliado. No es necesario ser una cosa; basta amarla para estar de hecho consubstanciado con ella y ser ella misma.

Tras este breve exordio, encuentra cabida atinada el desarrollo del tema que habrá de servirme, ya que mereció vuestra aprobación, para figurar con honra en el seno de la Academia Nacional de la Historia. Para redactarlo me he asesorado de los datos que la etnología y otros ramos de la ciencia contemporánea suministran al fin de colocar al noble pueblo de mi nacimiento por cima de cargos baladíes y de críticas injustas en el asunto. Este tema ya vosotros lo conocéis, es el siguiente: Piscología de la llamada lenta incorporación de Maracaibo al movimiento revolucionario de Independencia en Venezuela.

Honorables Académicos:

El alma de los pueblos, esto es, el principio vital que los anima, y fija su psiquis especial en punto de literatura y artes, da símbolo a su religión, imágenes a su poesía, fórmulas a sus ciencias; alienta en ellos el trabajo o complace la molicie, hasta hacerlos en el primer caso hegemónicos, o dejarlos, en el segundo, rezagados en el camino del progreso y de la civilización; el alma de los pueblos, repito, es la expresión en conjunto de la constante acción de su etnografía, etnología y geografía propias. La evolución, es otra como etnología de circunstancias especiales, viene en ayuda de la primitiva, originaria, mejorándola incesantemente; pero siempre los pueblos, aun los más adelantados por obra del ejemplo, conservan en sí mismos vinculada a la tierra que pisan, al aire que respiran, al grano que los alimenta, la cuasi autodinamia de sus actos. Razón ésta por la cual la nacionalidad introduce diferencias marcadísimas en el seno de una misma raza; y en una nacionalidad dada, los elementos humanos que la forman se diferencian tanto entre sí, según y cómo estén situados en distintas zonas. Tres grandes razas representan la humanidad en la tierra; pero ¡cuántas modalidades diferenciales en hábitos, usos y costumbres entre blancos del Norte, del Mediodía y del Sur de Europa, amarillos y negros septentrionales o meridionales, sin que pueda señalarse entre ellos otra unidad que no sea la del color que sirve a denominarlos! Y asimismo, ¡cuántos matices de coloración es dable establecer! Sin ir muy lejos, ¿no es cierto que los hombres del Occidente de Venezuela se asemejan poco a los de su Oriente y de su Centro? Son de tal modo positivas las influencias climatéricas y telúricas de los lugares en la fisonomía física, moral e intelectual de los pueblos, que las fronteras que los separan, antes bien los juntan en una como zona intermediaria, donde no siempre es fácil separar lo que a cada nacionalidad corresponde. Más aún, los pueblos bajo la acción del sol que los calienta, del llano o mar que a su vista se dilata, de las montañas que los guarecen, son la mayor parte de las veces consecuentes con su pasado, y su autodinamia se conserva a pesar de todas las circunstancias evolutivas que tiendan a modificarla.

La Etnogenia de los pueblos es, pues, más condición de medio ambiente que otra cosa; y se conserva por las relaciones sucesivas de padres a hijos que vigorizan el espíritu colectivo de las razas, dándoles cada día que pasa en su desarrollo ulterior, mayor unidad y por lo tanto mayor fuerza. Es así, y sólo así; esto es: por la conservación de lo que muy bien puede llamarse el alma egoísta de las colectividades humanas, los pueblos, que éstos pueden vivir como tales. Maracaibo es un ejemplo vivo y por demás fehaciente de estas consideraciones sociológicas. Se incorpora tardíamente al movimiento general de Independencia en Venezuela; pero el Maracaibo de hoy es el mismo de ayer en todo lo que atañe a los actos de su vida pública, y aun en aquellos que referirse puedan a su existencia privada. Antaño y hogaño lo vieron del mismo modo: asumiendo idéntica actitud discreta, juzgando con criterio propio en puntos de economía nacional y local; y por eso es

por lo que, si la Independencia no contó con él en sus prístinas manifestaciones, también la Reforma de 1835 lo encuentra remiso, la Federación no le debe un solo disparo, y el Legalismo y la Libertadora tampoco tienen gran cosa que agradecerle. Pueblo más cívico que militar, sin que a este último respecto sea dado dejar en el olvido sus páginas cruentas del 48 y de sus varias disensiones locales, está mejor organizado para figurar en una confederación que en una federación de Estados. Autónomo en todo y por todo, poderse llamar algún Ciudad Hanseática, acaso lo desvela más de lo que conviene a la unidad nacional. Cualquiera que sea el juicio que de su conducta se forme en las circunstancias de conflicto nacional mencionadas que tan hondamente conmovieron el país, resulta el hecho cierto, de que obrando así todo a una y a su manera, ha podido Maracaibo en la paz del trabajo, mientras el resto de la República se ha desangrado infructuosamente en luchas censurables la mayoría de las veces, conquistar derechos que no necesitó pelear para que civilmente le sean reconocidos; y una como enseñanza proficua, uno como alegato en pro del progreso, se desprende para la Nación de la sabia economía de su vida interior.

Le ha servido de mucho su situación geográfica, bastante a explicar por sí sola multitud de circunstancias de tiempo y de éxito en la evolución racial. Suficientemente distanciado del centro del país, donde desde la Independencia para acá se han fraguado casi todas las revoluciones de Venezuela, Maracaibo se encuentra, vosotros lo sabéis muy bien, aislado a orillas de un lago en cuyas aguas se bebe a raudales más que en las de la fuente Castalia la inspiración poética, y bajo cuyo cielo constantemente azul y sereno, el maracaibero se ensimisma y medita antes, la ejecución de proyectos de cuyo interés práctico para la Patria, la religión y para él no vea claramente la clave. Por esa situación que determinan: al Norte el mar y el llamado Tablazo, antemurales contra toda invasión extranjera y trabas a su propia expansión, la Cordillera de los Andes al Sur, y al Este y al Oeste dilatadas estepas, Maracaibo ha tenido, por razones de medio físico, que concentrarse en sí propio, no dejando de dar por eso al resto del país lo que le ha sido posible sin riesgo de su autonomía. Ello explica que si ese gran pueblo no hace la Independencia, en cambio contribuye a ella dándole insignes militares y ciudadanos de valimiento que sería prolijo enumerar; que si la Federación no le debe gran cosa es, sin embargo, un maracaibero quien lo federa, y también soldados valerosos y obreros de ideas ingresan en las filas liberales y en las conservadoras para batirse con brío y morir con honra por el triunfo de sus respectivos ideales políticos; y que tanto, por fin, en el campo de la lucha armada como en el de la contienda cívica, sus ideas evolutivas de mejoramiento social encarnadas en sus hijos más notables hayan dejado de influir nunca, cuando ha sido de ocasión, en la prosperidad de la República.

Vedado de expandirse, tiró desde un principio a llevar genuina vida, vinculando en sus "tradiciones que son reflejos de las ideas, de las necesidades y de los sentimientos del pasado, y en su presente que tiende a modificarlas dejándolas en su justo equilibrio entre la estabilidad y la variabilidad necesaria al progreso", todas las fuerzas de que puede disponer en beneficio propio y ajeno; que es Maracaibo, si se nos permiten algunos símiles, no el indómito corcel que se desboca desbrozando con sus cascos la pampa salvaje; pero sí el águila caudal que se remonta a las nubes, y abriendo sus alas se ampara de los rayos que pueden herirla; sí el árbol corpulento que mientras más profundiza sus raíces en la tierra más eleva en el éter, dombo de robustas ramas. Producto de selección admirable resulta la maga del Coquibacoa, de la mezcla del goagiro con el vasco, o sea: de sangre aborigen con sangre trasfundida en el indio patrio por el conquistador ibero, que a la antigüedad de la familia de los La Rochejaquelin que le dicen por boca de uno de sus descendientes datar de mil años atrás, opone con orgullo la propia, contestándole "nosotros no datamos". Vascos descendientes de celtíberos y cántabros: celtíberos en cuyo pecho se amelló más de una vez la espada de Tiberio Sempronio Graco, cántabros célebres también en la España antigua por su amor a la libertad y su valor indomable. ¿Qué mucho, pues, que de tal selección, siendo después, como fueron, sacerdotes de Aragón sus padres espirituales; de Aragón, que al incorporarse a Castilla supo conservar sus inmunidades, sus Cortes, su justicia y su consejo, igual que Maracaibo, nada cesionista en punto de derecho alguno que considere inmanente, saliera el maracaibero actual altivo y creyente?

El estudio detenido de su raigambre etnográfica me arrastraría más lejos de lo que cuadra al plan y a la índole de este discurso, aunque sí conviene, a título de somera ilustración del asunto que me ocupa, exponer aquí de pasada lo que acerca del particular dicen los cronistas posteriores al siglo XVII, pues los anteriores nada mencionan; y esto mismo, hechas las reservas del caso, desde luego que sólo se ocupan con los goagiros; mas como quiera que las tribus pobladoras de las orillas del Coquibacoa para la época precolombiana son consideradas hoy como afines de dicha zaza, bien se puede entender de las unas lo que se diga de la otra. Algunos datos también acerca de la formación del lago, de su descubrimiento y de la fundación de la ciudad, hoy capital del Estado del Zulia, según la Ley de División Territorial de 1856, no estarán tampoco de más en este lugar. Ernst atribuye la formación del lago a la época cuaternaria, quedando aún vestigios de la terciaria en la Isla de Toas. Respecto al descubrimiento y fundación de la ciudad, cuna de Mará, sábese que en 1499 descubre Alonso de Ojeda el Golfo, a que da el nombre de Golfo de Venezuela, por la semejanza que creyó encontrar en las viviendas lacustres de la entrada del lago con las de Venecia; pero no pasó de allí. Este nombre prevaleció para toda la República; y fue en 1529 cuando el alemán Alfínger descubre el lago y penetra en él teniendo que pelear denodadamente con los indios para poder adueñarse de la tierra. ¿Qué raza de indios era ésta? Acabo de decir que probablemente emanaban de los goagiros, idea que robustecen comparaciones craneológicas y circunstancias de vecindad. Estos indios se denominaban: Zaparos, Aliles, Tamanares, Bobures, Toas, Quiriquires, Corates y Alcoholados, y vivían diseminados en las orillas de la grande hoya hidrográfica que forma el Lago. Dice a este respecto el Doctor Alfredo Jahn: "Estas tribus emanaban de los goagiros, a juzgar por los restos de los actuales palafitos." Durante largos años de incesante batallar con los españoles retardaron la fundación de la ciudad por Alonso Pacheco hasta el 3 de enero de 1571, en el mismo sitio donde Alfínger fundó una aldea con doscientos alemanes y españoles, quienes fueron todos pasados a cuchillo.

¿Cuál ahora su etnología? Fray Pedro Simón Abril (*Noticias historiales*, 1626), dice que Fredemann los utilizaba en la pesca de perlas y en la navegación, en la cual sobresalían, y nada más agrega; y necesario se hace llegar al siglo ulterior para que su historia sea completamente conocida. Los escritores de esta época, entre los cuales deben citarse a N. de la Rosa y A. Julián, nos los muestran gozando una cultura propia bastante avanzada, como quiera que ya se habían asimilado las costumbres de los conquistadores. Este último agrega que eran belicosos, ricos, muy cultos, habiendo comprendido de tal modo la superioridad de las armas de fuego, que se servían poco o nada de sus flechas; más aún, lo cual es de significación en el estudio del carácter del maracaibero actual, "que en lugar de agotarse por una resistencia desigual, hacían alianzas de provecho para sus intereses comerciales a espaldas de los españoles". Gaspar Marcano los considera como los indios menos degenerados; y Reclus y otros sabios los exhiben como esencialmente prácticos, y de un carácter tan comercial que han sabido poner a un lado la parte ideal de la existencia.

Son también idealistas los descendientes de Mará, en política, en religión y en amores, ¿mas quién podría asegurar que prefieren la lira al buril; el aire melancólico de sus gaitas, tan políticamente intencionadas y a veces la mejor expresión del voto popular, modulado al son de tamboriles y flautas por las noches pascuales, al Himno de la Patria, al resoplar de sus fraguas, a la sirena de sus vapores, a la música constante de sus herramientas de trabajo; los sueños, en fin, de la imaginación a los cálculos del entendimiento? Y, ¿cuenta que esa bendita tierra de Dios está de suyo preparada para los delirios de la fantasía, y el culto del *más allá*, al cual sirve de magnífico templo su lago caldeado de día por un sol que parece arder en las fuentes mismas de la vida increada y de noche refleja innúmeros astros, semejantes a otras tantas pupilas rutilantes, abiertas *ab initio*, a la admiración de lo que de cerca fingen contemplar, eterno y soberano en la región de lo infinito; donde, en el cielo, el lábaro de Constantino: la cruz astronómica es para el creyente maracaibero, más una verdad religiosa ostensible de su fe que una simple constelación de estrellas! En este particular la evolución hizo tabla rasa de la reconocida incredulidad del goagiro y de su falta de ritos y de ceremonias místicas para sustituirlos con el culto férvido que desde la fundación del colegio de

jesuitas aragoneses, allá por el año de 1730, se rinde en la ciudad maracaibera a la Divinidad. Al suprimir ese Instituto, Carlos III, por Real Cédula de 1777, acaso pensó razonablemente que si la Religión es aliada del Trono, también lo es del saber, y que las letras podían acabar con la Corona de España, en un lugar en donde ya para 1801 M. Depons encuentra tal disposición para la cultura intelectual que a este respecto escribió: "mientras los jesuitas estuvieron allí encargados de la instrucción de la juventud, salieron de sus escuelas sujetos que hablaban el latín con una elocuencia y facilidad raras, poseyendo perfectamente el arte oratorio y las reglas de la poesía, escribiendo su lengua con una pureza, al mismo tiempo notable por el atrevimiento de sus ideas, como por el orden y la claridad con la cual eran presentadas; en una palabra, dotados con todas las cualidades de los hombres de letras. Se ven allí jóvenes tan favorecidos por la Naturaleza, que los más insignificantes principios desarrollan en ellos facultades que no se manifiestan en Europa sino después de largos años bajo la dirección de los mejores maestros".

En otras cosas la evolución no ha modificado, por completo, los sellos del carácter goagiro impresos en el del maracaibero del día. Ascendentes y descendientes continúan separados: aquéllos en parcialidades con *totems* distintivos: éstos, en agrupaciones político-sociales, más lo segundo que lo primero, reacios de padres a hijos al reconocimiento de una autoridad única, de un Jefe Supremo representante del conjunto. Tal desunión ha tenido sus ventajas y sus inconvenientes; pues si por un lado ha producido el encumbramiento de la clase media, esa cepa regeneradora de las sociedades, como la llamó Sieges, fuente constante de progreso en el Estado, éste no ha podido hacer respetar siempre, con eficacia, esa autonomía, de la cual en principio el maracaibero se muestra tan ufano; ni menos figurar como hubiera debido por su notorio intrínseco valer, en la política y en la administración general de la República.

El tratamiento de *vos*, tan común en el maracaibero vulgar, como lo es de regla en el indígena, no es dado a título de acatamiento o de respeto a las personas calificadas, sino a manera de imposición de familiaridad, a veces despectiva; ese dejo o nota inarmónica que sorprende en su conversación, ¿no es otro a modo de lazo lingüístico que los une, y delata su consanguinidad? Un pueblo, dice G. Le Bon, es un organismo creado por el pretérito, y como todo organismo, no puede modificarse sino por lentas acumulaciones hereditarias, siendo las tradiciones las que guían a los hombres. Las del pueblo maracaibero son eminentemente conservadoras y se manifiestan en el fondo de todos sus actos, corregidas apenas por el tiempo y el ejemplo. Conservador el goagiro hasta tal punto que Fred A. A. Simón le considera autocrático en sus ideas, lo es tanto, que no acepta la clase de los enriquecidos, y ya se puede haber adquirido entre ellos rebaños y otras riquezas, sin que por eso el que nació pobre adquiriera títulos bastantes para ascender en preeminencia social y política. El indígena legó esa herencia de ideas y prejuicios al maracaibero, que en vano trata de ocultar en su lengua vernácula, el fondo de su autoritario carácter; y conservadoras son, por tanto, las clases componentes de la sociedad zuliana, que M. Depons para 1801 consideró dividida en nobles que se gloriaban de descender de los primeros conquistadores o de algunos Gobernadores o Auditores de Guerra; en blancos plebeyos, europeos y criollos; en esclavos y libertos. Realista era la primera clase por razón de sangre heredada, realista era la segunda por ley de mimetismo y de adaptación social, y realistas eran las dos últimas por hábitos de servilismo. Sólo quedaban para contribuir al movimiento general de la Independencia, los que bien pueden llamarse emancipados por el libro de gamellas heráldicas y de vasallaje vil. No fue pues la emancipación de Maracaibo impulso ciego del instinto popular; fue, sí, obra de conciencias seleccionadas por la instrucción en la masa común de los habitantes.

Súmense ahora a los datos de etnografía, etnología y sociología que dejamos esparcidos en el contexto de este discurso, los que se desprenden de los escasos nexos que unían a Maracaibo con Caracas, punto de partida de nuestra Magna Epopeya, y tendremos suficientes razones para explicar satisfactoriamente la índole de la psicología que estudio. Eran muy escasos y débiles, en efecto, esos nexos. Comercialmente, las transacciones mercantiles entre los dos lugares eran de menor cuantía; judicialmente, los procesos iniciados en los Tribunales, subían para la secuela final a la Audiencia de

Santo Domingo; desde el punto de vista fiscal, México suplió las dos terceras partes de los gastos hasta el establecimiento de la Compañía Guipuzcoana; y políticamente, sábase cuánto relaja la distancia la acción gubernativa central. ¿A qué extrañar, pues, que la censurada incorporación fuera cuándo y cómo fue, si Maracaibo se ve en ella, como en toda su historia, exhibido de relieve en su ley de etogenia?

Ceda ya la etognosia su sitio a la simple narración de los hechos que en nuestra Revolución de Independencia corresponden legítimamente a la tierra de mis mayores, rica perla diademada por el Supremo Artífice de la Creación en la noble frente de Venezuela, más que Calvario de agonía nacional, Tabor de magnífica y constante transfiguración patria; refiera Clío, y Euterpe cante en este areópago, donde resuena armónico el eco grave de las edades pasadas de la Patria entre himnos de gloria, todo lo que de esos hechos, sabe el libro, de verdad para la historia y de asuntos para la poesía; y extiéndase nuestra pluma en un como recitado final de consideraciones generales acerca de la índole de nuestra Magna Epopeya y de la eximia personalidad de Bolívar. Tuvo la guerra de Troya su cantor en Hornero; la de nuestra Independencia en Baralt, ambos a dos insignes poetas, condición ésta necesaria en quien se dedica a escribir historia épica; que es el estro, ardoroso y eficaz estímulo de acciones grandes; y el principal objeto de ella, es no sólo narrarlas, sino también hacerlas amables para que puedan ser imitadas. El comentario frío y seco de los hechos dignos de elogio, puede inspirar el deseo de igualarlos; pero únicamente el brillo del estilo, ese como polvo de oro que el decir de la poesía esparce sobre la frase, puede hacerlos superables, si los encumbra sobre el pavés de lo trivial y lo rastroso.

Honorables Académicos:

No firmó Maracaibo el Acta de Independencia del 5 de julio de 1811; pero en cambio, ya para ese año y aún antes de la jura del inmortal documento, el 14 de febrero, una tentativa de revolución había tenido efecto en la ciudad, y que se reprodujo en 1812.¹ En poder de los españoles hasta el 24 de junio de 1823, Maracaibo reivindica en ese día glorioso, con la terminación de la Guerra de Independencia en sus aguas, en una sola batalla naval, todo lo que su larga abstención a participar en los movimientos emancipadores le había hecho perder en el concepto de la Patria. La sangre de opresos y opresores corrió allí sobre el puente de sus respectivas escuadras confundidas a tocapiñoles, y amuradas para el batallar sin retirada y sin cuartel; se derramó abundosa por los imbornales, tiñendo de noble púrpura el azul del Lago. Era la misma de indígenas e iberos, que formó una híbrida raza durante la conquista y el período colonial, y buscó a unirse una vez más, rotas las arterias que la contenían, lavada de las impurezas de la opresión y el vasallaje, con el agua lustral del reconocimiento de virtudes y derechos, que para ser fructíferos en la vida futura de Venezuela y de España, tuvieron desde ese día que ostentarse por separado.

¹ Acerca de este particular existen en el índice general de expedientes del Registro Principal, marcado con la letra V-13, bajo una carátula que dice: "Papeles encontrados a don José Joaquín y don Marcelino Vale", noticias que pueden ser consultadas por quien se ocupe de escribir la Historia General del Zulia. Figuran allí como revolucionarios: Luis, José María, Lucas y José Ignacio Baralt, José Ignacio González, Evangelista Hernández y Aguilar, José Meza, José María Roo, Diego Melo, Juan Antonio Lozada, Francisco Yépez y Joaquín Vale, en cuya casa se reunían los conjurados. En el año de 1812 la Revolución toma creces, y una Junta revolucionaria fue fundada por Dionisio Torres, cuyos principales miembros fueron: Juan Crisóstomo Villasmil, León Campos, Joaquín Vale y su hijo Marcelino, Nicolás Leiba, José Antonio Almarza, Bernardo San Just, Diego Melo, Manuel Yépez y Juan Evangelista González. Reuníanse de noche en la iglesia de Santa Ana y denunciados por un traidor de nombre Servando García, unos se ponen a salvo de la muerte y de la prisión, pero otros como J. C. Villasmil, León Campos, Joaquín Vale y su hijo, mueren asfixiados con azufre; y Leiba y Sánchez, grillos al pie, van a barrer las calles de la Habana y Puerto Rico. La mayor parte de ellos no vieron el término de la guerra; mas los hubo como Tomás Vega y los Urribarri, cuyas sienes heroicas nimbó de inmarcesible gloria el sol de Padilla.

Honorables Académicos:

Sucede con las fuerzas de la naturaleza física como con las del mundo moral, que no mueren nunca por más que ocultas o inactivas parezcan extintas, cuando a la verdad no esperan sino ocasión propicia para manifestarse; y en este orden de ideas, lo mismo es el fuego oculto en el seno de los volcanes, que esos trastornos sociales llamados revoluciones que en coyunturas no siempre idénticas para todos los pueblos, los conmueven derribando hombres y cosas, desde el Trono hasta el Altar, que parecían eternamente inamovibles. La Independencia no es, así, sólo, el conjunto de los actos heroicos que la constituyen, es también el sentimiento de libertad inherente a la naturaleza humana, lo mismo en el salvaje que en el hombre civilizado, si deprimido por instantes, jamás muerto: verbo en la palabra, rayo en la espada; personificado, sin duda, cuando es necesario aunque sin perder por ello ni su condición de fuerza innata, ni su virtualidad efectiva y determinante en los acontecimientos humanos. Es Caonabo quien apenas vuelve Colón la espalda a *La Isabela* dispara la primera flecha insurrecta; es Guaicaipuro quien prolonga la conquista dos centurias; es la prole de Mará, la que, ausente Alfínger, degüella la aldea recién fundada; es la conjuración de Gual y España; es Miranda; y otro tanto puede decirse de todos los anhelos de libertad que en Venezuela y en América precedieron al 19 de abril de 1810, entre los cuales la rebelión de los Comuneros para acabar con los derechos de sisa, es acaso el más importante. Ese movimiento llamado así porque propagó en América el imperio del *Común*, se extendió desde la Provincia del Socorro en el viejo Reino de Santa Fe hasta Maracaibo y Bogotá, donde depuso autoridades a las cuales dio denominaciones nuevas, imponiendo en fin con fecha 7 de junio de 1781 capitulaciones al Gobierno de España que después de ser aceptadas fueron falazmente violadas. Una anciana lo provocó, y dieciocho mil hombres armados de lanzas, palos y escasos fusiles, lo apoyaron. Palpita en la acción de los Comuneros, por más que ellos protestaron su adhesión a la corona de España, la misma idea del Común que trajo, según Juan Vicente González, la muerte del feudalismo. Si el movimiento comunero no fue la Independencia, fuerza es confesar que en mucho se le asemejó.

Llueve recio en las cabeceras del río, y éste se desborda; choca la nube cargada de electricidad con otra de electricidad contraria, y el rayo fulgura y el trueno retumba; socava el fuego interno de la tierra la base de las montañas, y éstas se desploman en tremendos cataclismos. Las lluvias son la sangre y las lágrimas que vierten todas las capas y órdenes sociales de un pueblo bajo la acción que rebosa las fuentes de sus sufrimientos; la electricidad negativa y positiva de las nubes productoras del rayo, es el combate que en su seno libran la libertad y la tiranía que se chocan fatalmente; y el fuego interno de la tierra, es conciencia humana que se subleva por el peso desmesurado de los hombres y de las cosas que gravitan sobre ella agrediéndola de continuo. No había llegado la ocasión de la Independencia para Maracaibo en 1810 ni en 1811, ni en los años que se sucedieron hasta 1823, y no fue. En el mismo Caracas no puede ser considerado el 19 de abril, sino como un paso cautelosamente dado hacia la emancipación de la madre patria, escudado en la fidelidad a Fernando VII. Cabe aquí preguntar con el historiador Baralt, si aquella revolución no hubiera sido fomentada por los desbarros del Gobierno peninsular personificado en Cortabarría, y el desacuerdo de las autoridades españolas, ¿se habría ensangrentado, como se ensangrentó por la imprudencia de éstos? Difícil es, agrega nuestro ilustre abuelo en su historia de Venezuela, juzgar si entregada a sí misma, hubiera progresado hasta el punto de desconocer la soberanía de la madre patria. "La desesperación le dio una fuerza que acaso no hubiera encontrado nunca." Con tal pregunta el citado autor parece dudar de la verdadera índole de un acontecimiento que se considera hoy como el día inicial de la Independencia venezolana. El sentimiento de la adhesión a Fernando VII, o sea a la Corona de España, era casi unánime en todo el país; el de la emancipación era distintivo honorífico de aquellos contados varones que habían logrado para 1810 emanciparse, por la lectura y los viajes, de los reatos que la ignorancia puso siempre a las grandes tentativas del ánimo. Las palabras Patria, Independencia, Libertad, no tenían ninguna significación para entonces, y ni aun siquiera las había oído pronunciar el vulgo. Bolívar se las enseñó a conocer, y de los hechos que de tal enseñanza se

desprendieron, surgió la idea de su fecunda virtualidad. Adhesión y Emancipación, pensamos nosotros, implican ideas contradictorias que vanamente trataríamos de conciliar, aun admitiendo que en la primera podía ir envuelta subrepticamente la segunda. Más lógico y hasta más cónsono con el valor y la honradez de los hombres del 19 de abril de 1810, es admitir que la adhesión leal en ese día, degeneró en los siguientes en verdadero espíritu revolucionario por obra de los actos de proceder libre que la deposición de Emparan tenía forzosamente que acarrear. El ejercicio del Poder es por sí sólo autodinámico.

En Maracaibo no se dio ni siquiera lugar a la discusión del punto, y el Gobierno consideró a los hombres del 19 de abril, desde el primer momento, como revolucionarios, y en consecuencia envió los Agentes del Gobierno de Caracas a las prisiones de Puerto Rico. Idea la Independencia en Bolívar, Mirandas, los Tovares, los Toros, los Ribas, los Mendozas y pocos más, idea evolutiva encarnada principalmente en el primero por predestinación de lo Alto y circunstancias especiales de su carácter y de su educación, resulta instinto en Páez y demás caudillos, secundados por un pueblo que en Los Llanos, sobre el lomo de cerriles potros armados del arma de la antigüedad, la lanza fiera, reivindicó en osadía y pujanza el pasmo que durante la conquista pusieron en ellos esos mismos brutos. E idea e instinto se unieron en togas y espadas, para darle a aquella guerra la rara y brillante dualidad que tuvo en esencia y en potencia. En sus días de prueba, allá por los años de 13 y 14, la patria se asemeja a Dionisio cargando con sus propias manos su tronchada cabeza. Tal la contemplamos cuando después de sus grandes derrotas se la ve levantarse ensangrentada, cada vez con más y más vida, sobre el estrado de la revolución. Diríase también Anteo que recobra en su contacto con la tierra las fuerzas perdidas en la lucha con Alcides. Entonces y después personificóla Bolívar semejante a Perseo, en cuanto arrojado a las olas de la revolución por la acción de su destino inaudito, mata a Medusa, vence a Atlas, y liberta a Andrómeda: Medusa es el señuelo de la ambición en algunos de sus subalternos, Atlas es España, Andrómeda la patria; y aun es más grande que Perseo desde luego que no ensangrentó sus manos con el sacrificio de ningún Acrisio, y antes bien, va a morir a Santa Marta, víctima de su propia grandeza. Personificóla, sí, Bolívar, quien al propio tiempo que luchaba contra España y la vencía, tuvo que enfrentarse más de una vez a la indisciplina mal velada de sus conmitones en el intento, acaso con fines también patrióticos, de la asunción de un mando que sólo Bolívar podía ejercer, porque para ello nació con el doble carácter de apóstol y de caudillo: apóstol, en predicar la doctrina de la Patria, que no existía: caudillo, en destruir todo lo que a su vinculación por el hecho se oponía, viéndose más luego, a raíz de la Emancipación, desconocido por los mismos a quienes había libertado, de los cuales entre la densa polvareda de cien guerras civiles no nacieron ni Marios ni Cincinatos, sino a lo sumo Coriolanos sin Veturias, ni Volumnias en perpetuo andar sobre Roma.

No existía en Venezuela para aquella época el Clan, en la acepción escandinava de este vocablo; pero sí el caudillo que imperaba sobre turbas semi-bárbaras, habitantes de El Llano; sí el cacique, jefe de parcialidades de indios aún refugiadas en los bosques; y en las ciudades, el magistrado español o criollo que poco o nada sabía en asuntos de política y administración; esto es: una sociedad en formación, donde la tienda del beduino, el caney indígena y la casa española, abigarraban de formas y colores campos y ciudades; y en esas habitaciones, como bien se comprende, hombres de varios orígenes, razas, clases y órdenes sociales. El llanero peleó alternativamente en contra y en pro de la Patria; el indio apenas si en la acción de San Félix disparó sus flechas contra el español, el hombre de las ciudades que a su vez estuvo en uno y otro bando; y sin embargo, de esa generación informe, heterogénea de seres humanos: los unos retardatarios, otros estacionarios, los menos demasiado adelantados para su época, surgió consciente e instintivamente a la par, la grandiosa, sin igual, asociación política constitutiva de Colombia.

Fue aquello ese contrato social, tácito, inédito en la conciencia universal, que sólo se publica en los grandes días de la historia cuando sopla sobre el mundo el *surge et ambula*, de todas las generaciones. Y es como una evolución *per saltum*, contraria a la gradual y progresiva; como una ley especial de la afinidad electiva que junta los cuerpos similares, y es para la materia lo que la idea es a

las almas homónimas, lo que le da a nuestra gran revolución el sello de originalidad eminente que tiene, y sirve a diferenciarla de otras de su género en los grandes apartados de la historia.

Por eso es por lo que se ha dicho de ella, que fue extemporánea, habida consideración de que sus conquistas para la libertad no hayan corrido parejas con las de la Independencia. ¿Fue extemporánea la creación del orbe porque surgió del caos; lo fue porque a cada instante conmociones sísmicas sacuden y transforman el globo terráqueo? Extemporánea y todo como se la quiera considerar, pero con esa extemporaneidad de los fenómenos que por no caer bajo el dominio de los sentidos niega el agnosticismo, que la Religión llama milagros y la ciencia explica por el cumplimiento de ineludibles leyes, la Revolución de Independencia fue; y lo fue porque aunque se prescindiese para juzgarla de las causas generales de desequilibrio en todos sentidos que la hicieron estallar, allí estaba Bolívar, varón genésico por sí propio, que la personificó sobre el carro falcado de Erichon, así como fue otro Solón para sus leyes; contrarrestando a cada instante las sorpresas de lo imprevisto con fuerza atlántica y clarividencia sibilina, hasta el afianzamiento definitivo de los múltiples y variados arquitecturas de su obra inmortal y sin ejemplo. Siendo él quien la personificó, ¿qué mucho, pues, que luego de hacerla saltar por cima de las etapas del tiempo en la evolución natural de los hombres y de las cosas, la hiciera caer de lleno sobre todo un Continente, perfecta hasta donde la condición humana lo permite, latente siempre en el porvenir de América, reveladora, en fin, para el mundo, de cuanto es gloria del éxito?

Convive Bolívar con la Revolución de Independencia, y es ella misma por virtud de panteísmo creador, la que confundiendo al autor con la obra y a ésta con aquél hace de la mezcla un todo homogéneo. Diríase que hombre tan singular, salido de la primera feracidad de la tierra americana, devuelto después a ella, y luego de cobrar formas adaptables al tiempo de la Emancipación y al medio humano en que ésta iba a desarrollarse, encarna definitivamente, allá en donde se dice que la metempsicosis tiene su imperio, en aquel su cuerpo a prueba de fatigas físicas, y vuélvese en aquella su alma, toda luz, toda armonía y perseverancia. En él se asociaron por decreto divino, más que en ninguno otro de sus subalternos, más que en hombre alguno de la historia, las dos grandes y necesarias virtudes de toda noble y trascendental acción: genio para concebirla; en Bolívar, creador y generalizador al propio tiempo —¿y de qué ideas y cosas?— y voluntad contrastable —¿y cuál como la suya?— genio y voluntad que Bolívar poseyó en grado tan eminente, que bien puede decirse que es él la más alta personificación de todas las fuerzas vivas de la naturaleza física y moral de su tiempo, dispersas en el alma de sus compañeros de armas, y recogidas en su mano, a guisa de rayos, que hicieron arder y *hablar* la zarza sinaica de la Revolución.

¿Fue trabajo de Sísifo el suyo? Apenas encumbra a la cima del triunfo la enorme roca de su obra, cuando ésta empieza a despeñarse falda abajo en la guerra civil, amenazando a cada instante desmoronarse por completo. Obran tantas causas distintas en la producción de este fenómeno político-social de observación diaria, que entrar a dilucidarlas dando al Libertador, al caudillaje que surgió de la guerra y quedó en pie, armado, engreído con un triunfo que no consideró suficientemente pagado con honores, títulos, medallas y riquezas materiales, a la heterogeneidad de las razas que constituyen la Nación, y a la falta de instituciones poco o nada calcadas en nuestra condición de pueblo híbrido, la parte de responsabilidad que a todos estos elementos corresponde, sería verme movido a consideraciones en que no debo entrar. Volúmenes enteros podrían escribirse acerca del asunto; y más de una crítica severa contiene la bibliografía política nacional inspiradas en el loable propósito de poner remedio al mal; ¿ni cuál mejor crítica de nuestro presente que nuestro pasado de gloria?

Honorables Académicos:

Debo concluir, y concluyo, pidiéndoos excusas por este largo discurso que no he tenido tiempo para hacer más breve. ¡Ojalá corresponda él a la alteza del asunto que lo ha motivado; a los patrióticos fines de la Academia Nacional de la Historia, y a las recomendabilísimas tradiciones de esta tribuna!